

# FIAT LUX

Semanario liberal destinado al fomento de la producción literaria  
APARECE LOS DOMINGOS

## ADMINISTRACION

223—URUGUAY—223

**SUMARIO**—PENSAMIENTOS — LIBERTAD  
—LA EDUCACION DE LAS NIÑAS—CARTA ABIERTA—CHISPAS—LA MUERTE DE ARTIGAS  
—CARPE DIEM—ULTIMOS PERFUMES—ROMPE CABEZAS—NOTICIAS.

## PENSAMIENTOS

—0—

Mutilar la conciencia humana, quitándole su libertad; obligarla á que constantemente descubra á los sicarios de una secta determinada, hasta sus mas íntimos secretos.... y luego hacer alarde de la perpetuidad de esa misma secta, por siglos y siglos, es el mayor y mas irritante rasgo de cinismo que conozco.

¡Son alardes de hienas, después de una carnicería de corderos!



Ningun espíritu religioso, en la verdadera acepción de la palabra, puede contemplar sin honda pena ese ultraje que el sacerdote católico infiere á la personalidad humana, cuando en el momento en q' ella va á desaparecer para siempre, pretende hacerla renegar de todas las creencias que han sido su sostén y su consuelo, en medio de las batallas de la vida.

Ah! los enemigos de la razon; los que quisieran que su antorcha se apagára en todos los cerebros, monos en los súyos, en los que no arderían sino para iluminar la senda del mal, casi nunca se le atrevan cuando ella está en la plenitud de su vigor y de su penetración.

Aun no ha despertado, y ya se la interroga; primero en el acto del bautismo; después en el de la confirmación.

Luego, ya no se la interrogará más, hasta el momento en que esté próxima á dormirse para siempre!

El velo de la inocencia, primero; despues, el de la muerte, ambos oscureciendo la razon, son los medios de que se vale para aumentar sus filas, esa iglesia que pretende vanamente, reconquistar la enorme influencia que en días nefandos para la humanidad, ejerciera sobre sus destinos.

¡Impios, mil veces impios, los que profanan la niñez, y ultrajan y escarnecen, la magestad de la muerte!



¿Quereis destruir de raiz el fanatismo religioso? Fomentad el progreso de la escuela laica y hacedla funcionar, si es posible, hasta en los atrios de las iglesias.

### Precio de suscripción

Por trimestre. . . . .	\$ 1.50
Número suelto . . . . .	0.20

A esa escuela se la llama atea, y sin embargo, desde sus bancos, diariamente se remonta al cielo la mas pura y mas fervorosa de las plegarias: la que pide luz para las inteligencias.



Madres que educáis vuestros tiernos hijos en el temor de Dios, educadlos en el anhelo de conocerlo para amarlo.

Un Dios instinctivamente temido, jamás podrá ser amado.



Cuando veo á un sacerdote romano, levantar con estudiada unción un disco de harina, que se pretende sea el cuerpo de Cristo, pareceme que asisto á una ridícula comedia y francamente no me explico, como los circunstantes no prorrumpen en ruidosas carcajadas.

En cambio, cuando veo levantarse por la oculta mano de Dios, el Sol y la Luna, sobre el horizonte, no comprendo como todos los que asisten al grandioso espectáculo, no caen de rodillas bendiciendo al divino autor de esas inmensas bestias, únicas dignas de que en ellas, en su bienhechora luz, comulguen todas las almas.



Así como preferiría ser gobernado por un monarca inteligente y honrado, á serlo por un Presidente torpe y vicioso, preferiría también la peor de las religiones predicada por apóstoles austeros, á la mejor, enseñada por los émulos de aquellos mercaderes á quienes Cristo arrojó del templo á latigazos.



Para que la confesión auricular fuese aceptable siquiera fuese como una práctica religiosa inocente, sería necesario que los encargados de recibirla, fuesen seres superiores y la experiencia diaria nos demuestra, que son inferiores, inferiores á las bestias, á veces. Abrid la Historia.

Hugonote.

## LIBERTAD

—0—

La libertad de la prensa ha salvado la libertad de la palabra.

Hoy, cuando se eleva un pensamiento, una voz libre, ya no puede ahogársele; traspasa bóvedas y paredes; ¿ni qué aprovecharía impedir á seiscientas personas que oyesen lo que mañana leerán seiscientas mil?

La libertad es el hombre. Hasta para some-

terse es necesario ser libre; para entregarse es necesario pertenecerse. El que con anticipación hubiera abdicado de sí propio, habría dejado de ser hombre para convertirse en cosa... ¡Dios lo rechazaría!

De tal suerte constituye la libertad la esencia de la sociedad moderna, que para combatir sus enemigos no cuentan con otra arma que ella misma. ¿Cómo ha podido Europa luchar contra la Revolución? Con libertades concedidas ó ofrecidas, libertades municipales, libertades civiles, como ha acontecido en Prusia, Hungría, Galitzia y otras naciones.

Los violentos adversarios de la libertad de pensamiento sacaban de ella sus fuerzas. ¿No es espectáculo curioso ver a M. de Maistre escapar a todos instantes con tanta sutileza al yugo que quiere imponer, aquí mas místico que los místicos condenados por la Iglesia y allá tan revolucionario como la Revolución á la cual combate?

¡Maravillosa virtud de la libertad! Nuestro siglo, el mas libre de todos, ha encontrado también ser el mas armónico. Se ha desenvuelto, no por escuelas serviles, sino por círculos o grandes familias de hombres independientes, quienes si bien cada uno sigue por camino distinto, no obstante van dándose la mano; en Alemania, el ciclo de los filósofos, de los grandes músicos; en Francia el de los historiadores y de los poetas, etc.

Así es que precisamente no quedó asociación alguna, ni orden religiosa, ni escuela, comenzó por vez primera este grandioso concierto, en el que cada nación por separado y todas ellas entre sí, se han encontrado acordes sin previamente haber obrado en este sentido.

La Edad media, menos libre si careció de esta noble armonía, tuvo por lo menos la esperanza y como una vislumbre profética de ella en las grandes asociaciones que, si bien aun dependientes, no dejaron de ser libertades con relación a los tiempos anteriores. Así, cuando Santo Domingo y San Francisco, arrancando al fraile de su reclusión le mandaron á recorrer la tierra como predicador y peregrino, esta nueva libertad derramó la vida á torrentes. Santo Domingo, á pesar de la parte funesta que toma en la inquisición, da á bandadas teólogos profundos, oradores, poetas, pintores y pensadores atrevidos, hasta que se quemó así mismo sobre la hoguera de Bruno para no renacer nunca jamás.

De esa suerte la edad media fué no un sistema artificial y mecánico, sino un ser vivo que disfrutó su libertad y por ella su fecundidad; que vivió verdaderamente, trabajó y produjo. Y ahora el buen obrero disfruta del descanso que tan legítimamente ha ganado, como á su lado iremos gustosos á descansar mañana nosotros los que trabajamos hoy.

Pero antes él, y nosotros, seremos llamados á responder de nuestra conducta. Los siglos, como los hombres, son responsables. Nosotros, los hombres modernos, comparecemos con los de la Edad media, llevando en una mano nuestra obra y presentando con la otra nuestros obreros. Nosotros manifestaremos á Leibnitz y á Kant, él á Santo Tomás; nosotros á Ampère ó Lavoisier, él á Roger Bacon, él al autor del «Dies irae», del «Stabat mater», nosotros á Beethoven y Mozart.

Si, ese tiempo viejo tendrá con qué contestar. San Benito, san Francisco y santo Domingo llegarán cargados de obras eximias que, por más escolásticas que puedan parecer, no dejaron por esto de ser obras de vida.

¿Qué traerán los jesuitas?

No se trata aquí, entre esas dos imponentes reuniones de los ingenios de la edad media y de los ingenios modernos, de presentar eruditos, gentes de talento, suaves poetas latinos, un buen predicador como Bordaloue, ó un filósofo ingenioso como Buffier. Poco para la literatura, nada, menos que nada, para el arte. Ved, bajo su influjo, esa pintura acicalada, vieja presumida y caroquera que desde los días de Minar va perdiendo el color.

No, estas no son vuestras obras, sino otras que hay que hacerlas públicas.

Ante todo vuestras historias, si doctas á menudo, son siempre sospechosas y sujetas al interés de partido. Los Daniel y los María, aun cuando hubiesen querido ser verídicos, les falta algo, aquello que con mas ardor trataría de destruir, lo que un grande hombre declara ser precisamente la primera cualidad de un historiador: «Un corazón valeroso para decir siempre la verdad.»

En la esencia no habeis producido mas que una obra; un Código, y entiendo al decir esto, las reglas y constituciones por las que os regís, debiendo anadir la peligrosa soltería en la que amastráis á vuestros confesores para el gobierno de las almas.

Recorriendo el gran libro de las «Constituciones de los jesuitas», queda uno estupefacto ante el immenseo cúmulo de menudencias, ante la prevision infinitamente minuciosa que manifiesta. Sin embargo este edificio tiene mas de grande que de grandioso; fatiga la vista, porque en ninguna parte ofrece la sencillez de la vida, porque al mirarlo se siente con espanto que las fuerzas vivientes figuran en él piedras. Creeríase ver un espacioso templo, no con los de la edad media en su natural vegetación, sinó un templo cuyos muros no presentan mas que cabezas y rostros de hombres que escucharan y miraran, pero ningun cuerpo, ningun miembro, por estar miembros y cuerpos ocultos para siempre y sellados [ay] en el inmóvil muro.

Todo el edificio de los jesuitas descansa en un principio, el de la mutua vigilancia, de la denuncia mutua y en el desprecio de la naturaleza humana (desprecio tal vez natural en la terrible época en que se fundó este instituto).

El superior está rodeado de sus consultores; y los profesores, novicios y alumnos, de sus compañeros ó amigos, que pueden delatarlos. Tómense vergonzosas precauciones contra los miembros mas graves y mas probados.

¡Lóbrega intimidad! ¡Ah! ¿cuánto les compadezco! Pero el hombre, tan maladentro, no debe precisamente por esta causa ser tanto mas activo en sociedad y llevar á ella una peligrosa inquietud? El único medio que puede hacerle llevadero ese terrible espionaje, es introducirlo en todas partes.

¿No es impia semejante policía aplicada á la educación? ¡Cómo! ¡á esa pobre alma que solo cuenta con un dia entre dos eternidades, un dia para hacerse digna de la bienaventuranza eterna, le pon is la mano encima para convertir el niño en delator, es decir, semejante al diablo, que fué, segun el Génesis, el primer delator del mundo!

Todos los servicios que los jesuitas han podido prestar no alcanzan á limpiar semejante borron. Su mismo método de enseñanza y de educación, juicioso en muchos extremos, tampoco deja de llevar impreso un sello mecánico y automático. Nada hay en él que revele energía vital. Regula lo exterior, dejando que lo interior se opere por si solo si puede. Entre otras cosas, enseña á llevar con decencia la cabeza, á mirar siempre mas abajo que la

persona con quien habla, à hacer desaparecer del todo las arrugas que se forman à cada lado de la nariz y en la frente, señales, en efecto, demasiado visibles de la doblez y de la astucia. Los infelices cómicos ignoran que la serenidad, el semblante candoroso y la gracia moral deben acudir del interior, subir del corazón al rostro y que nunca se le puede fingir.

Ah, señores, los enemigos con quienes hemos de habérnoslas. La libertad religiosa en la cual querían poner las manos, como son la libertad política, la de la prensa, la de la palabra, qué os agradezco hayais sostenido. ¡Oh jóvenes! conservad esta herencia cual preciado tesoro; así debéis hacerlo, tanto más cuanto la habeis recibido de vuestros padres y no la habeis creado vosotros mismos; es el premio de vuestros esfuerzos, el fruto de su sangre. Abandonarla, equivaldría á destrozar sus tumbas.

Tened siempre presente una frase de un ariano de la antigüedad, de un hombre que peinaba canas, como decía él mismo, del canceller l'Hopital: «¡Oh Dios! si perdimos la libertad ¿qué nos queda?

J. Michelet.

## LA EDUCACION DE LAS NIÑAS

(Á PROPÓSITO DEL CASO DE LAS TRINAS)

—o—

Acaba de producirse en Lisboa una gran controversia à causa del famoso «Caso de las Trinas.» Los correspondentes noticiosos habrán ya informado á todas partes este terrible crimen, á lo Pónson du Terrail, en que una muchacha fué violada y asesinada después por los hombres negros de las sacrísticas, en un convento dirigido por hermanas hospitalarias, y que ha sido ya designado por el pintoresco nombre de «Carnicería de vírgenes.»

No voy á detenerme en este asunto, que no prima por la originalidad, ni profundizaré los procesos del infinal *reportaje*, que entre nosotros empieza siempre por hacer un escándalo tremendo, para terminar después con una placidez maravillosa;—sin embargo, confesáré tan solo que he seguido muy superficialmente esos inflamados ataques. A la violencia de estos, ha sucedido la violencia de la defensa. Lo que era para unos híbrico infierno, era para otros la mansión paradisiaca de la virtud y de la castidad. El público, el eterno curioso, compraba avidamente por la mañana *El Sécujo*, que atacaba, y por la noche *Las Novedades*, que defendía, siendo ese al fin y al cabo el legítimo propósito de los honrados propietarios de esas publicaciones.

Puede ser que me equivoque, pero en el fondo no creo ni en el crimen, ni en la celestial virtud de los curas que figuran, ni sé explicarme porqué ni para qué, en ese reconocimiento destinado á criaturas del sexo femenino.

El crimen es una copia de todos los crímenes atribuidos en todas partes por los radicales a los curas; la virtud inspira tambien á los curas; la virtud inspira tambien á las ligeras desconfianzas. *Homo sum, et nihil humani a me alienum fructu.* Este latín no es latín de iglesia, sino latín de los curas.

Suponer lo contrario es desconocer completamente la naturaleza humana.

Así, por la misma razon porque no se admiten hombres en un convento femenino, tambien no se deben admitir sotanas, que son hombres como los otros, y desde el momento que parece probado que entraban curas en el recogimiento de las Trinas, hállose gravemente en peligro la reputación de honestidad del referido convento. Entretanto de allí a los crímenes imaginados va una distancia colosal, y lo que se ha dicho y lo que se ha escrito, y lo que se ha procurado, llega á la exageración; Es verdaderamente odioso!

Hace mucho tiempo que la especulación periodística no llevaba tan lejos su desprecio por las conveniencias, por la moralidad, por el respeto de los lectores. Los diarios han juzgado en público una causa que en tribunal exigía audiencia secreta.

Pero dejemos esto y pasemos á la cuestión de la educación femenina, que es de lo q. pretendo tratar.

En los recogimientos, sucesores de los antiguos conventos, enseñase bien, lo que no quiere decir que se *eduque bien*. La educación no se dà sino en el seno de la familia. El convento, de la misma forma que el colegio secular, acostumbra á las niñas á una vida artificial, á una vida de estufa, que no es la vida del aire libre, en la que tienen que entrar al terminar su educación.

Uno y otro crean amistades sospechosas, quitan la niña de la vida buena y afectuosa de la familia, pero el convento tiene aun un defecto mayor. La hermana religiosa ocúpase muchísimo mas seriamente de la educación las niñas que la directora secular. Por ese motivo les capta las afecciones, hace que ellas prefieran el convento á la casa materna, consideren las vacaciones como una temporada de destierro, y lloren por las profesoras. Es el castigo mas cruel y mas justo que pueden tener los padres en ver sus hijas con «saudades» de las «otras» de esas madres artificiales en que ellas han abdicado sus deberes y consiguientemente sus derechos, que las han librado de los encargos y que así las privan tambien de los afectos.

En el colegio secular al menos las vacaciones son el sueño querido de las horas de estudio; espérase con ansiedad que vengan esos días deliciosos en que se va á encontrar la mamá, en que se vuelve á correr por el querido jardín, á respirar á plenos pulmones el aire libre de los campos y ostentar al mismo tiempo la erudición que se adquirió en las largas horas del estudio.

La directora puede ser una excelente persona, una primorosa educaciónista, haber dado á sus discípulas las prendas mas delicadas, haberle enseñado minuciosamente todas las reglas de cividad y de buenas maneras. Lo que no le ha formado es el alma. Nola desciuden en el convento; pero el alma que allí se forma tiene todo el hielo del cauстро y todos los ardores enfermizos del misticismo se atan por mil lazos indisolubles al alma de las religiosas, que son sus madres y sus hermanas mas queridas, mientras las otras, las que la tuvieron en sus entrañas, esas son las madres terrenales que deben ser tratadas con mucho respeto y con mucha deferencia, sin olvidarse jamás de las madres verdaderas; espirituales, están en el convento.

Es por eso que en el recogimiento ó en el convento se enseña en general admirablemente, porque, para conquistarse aquellas al-

mas, y es esa la gran aspiración de la educación conventual, necesario es que las profesoras no se limiten a cumplir sus obligaciones, se hace necesario que ayuden a las disciplinas en el estudio, que lo faciliten, que lo amolden el espíritu, y que le den sobre todo una superioridad sobre las niñas de afuera, que las lisonjea y que deleita a los padres, que encuentran su plata bien empleada y que repiten con entusiasmo: Dejemonos de historias! Nada hay mejor que la enseñanza en los conventos!

Efectivamente así es y por eso no lo reprobo, pero con la condición de que la familia acompañe paso a paso la educación de su hija; que jamás olvide la dirección de su conciencia y la educación de su alma, que no consienta que la absorban esas sanguinjuelas de almas que las ciupan con intenciones que no son condenables, porque tienen su origen en el entusiasmo del proselitismo, que es la expansión de la fe. Es por eso, q. yo recomiendo pre-cauciones contra la hermana hospitalaria educadora, aplaudo con entusiasmo a la hermana hospitalaria misionera, de la misma forma que considero el jesuita elemento el mas funesto que penetró en la civilización europea, lo considero también como elemento prodigiosamente benéfico de expansión civilizadora.

En una sociedad culta ya formada, el jesuita fué un mal; para las sociedades salvajes el jesuita fué un bien; y tanto el mundo, mas ó menos inconscientemente, así lo comprendió siempre, que se inclinó con respeto ante Francisco Javier y José de Anchieta y anatematizó con furia a Escobar y Mariano. ¿Acaso son estos dos tipos diferentes de jesuitas?

No, la regla era la misma é igual la manera como la comprendían, pero los medios en que actuaban eran absolutamente diversos. Su enseñanza, era una bebida fortificante para las sociedades infantiles, deletérea para las sociedades adultas.

No creo en los crímenes del convento de las Trinas, repito. Si realmente las hermanas hospitalarias permiten que padres algo libertinos pasen la noche en el convento, sugéstanse por cierto a que se manifiesten en ellos hechos lamentables, no la violación y el asesinato, que son exageraciones novelescas, si no abusos con las educandas. Aun así deben ser casos esporádicos, que prueban la vigilancia y el buen sentido de la regente del convento, pero q. no queda prueba en contra del sistema educacional.

El caso del convento de las Trinas puede ocurrir allí, como en un colegio seglar, como en una casa de familia, aun en la mas morigerada, si un acoso ó una imprudencia facilita el contacto de una niña cuyos sentidos se despiertan ante un hombre sin escrúpulos, que abusa de una situación. No es tampoco el asesinato quien puede destruir esos organismos infantiles por el abuso de los rezos, de las maceraciones, de los ayunos, lo q. me asusta. Raros son actualmente los conventos donde esas prácticas antiguas se mantienen. Prexisten apenas en los conventos donde hay la fe grosera, pueril y poco esclarecida, pero donde los métodos jesuiticos predominan, y esos son los que llaman clientela por la perfección de la enseñanza, no se encuentran semejantes cosas. Los jesuitas nunca fueron astutas.

Lo que me asusta especialmente es la separación de la familia, es la preponderancia que esas educadoras adquieren en el alma de

las niñas, son los moldes falsos en que van esos espíritus infantiles. A veces es curioso ver la sutilidad con que ejercen su imperio. Si las acusamos por ello, ellas responden: "¡Qué calumnia! Lejos de aconsejárnos á nuestras disciplinas que huyen de las familias, las enseñamos á amar y respetar á su padre y su madre. Somos nosotras las que muchas veces las obligamos á salir del convento, en donde ellas quieren conservarse, para ir á visitar ó permanecer con su familia." Y es exacto. Pero conocen ustedes algo mas doloroso que ver estas hijas ingratas amar á su madre por obediencia á su profesora? ¿Ir á la familia porque la profesora la obliga, á pesar de su resistencia? Justo castigo, repito, del desafecto de los padres que así abandonan la dirección que la providencia les confió!

Ah! yo lloraría todas las lágrimas de mis ojos, si viera una hija mía necesitar que le enseñaran a amarme! ¡Llorará mi mesa con "saudades" de su refectorio! Hay padres que se satisfacen con ello, Dios se lo perdone, y Dios le perdóna también á las madres, porque la providencia no previó ni los conventos, ni las amas. Dio á los niños la casa paterna como dió á las aves el nido, á las madres los senos henchidos de leche, desde que los pequeñitos entes se forman como dió á las hembras de los mamíferos las mamás abundantes de que se cuelgan, apenas nacen, instintivamente, y sin exitaciones, los animales recién nacidos!

Después, el recogimiento imprime á sus educandas un cuño uniforme, les dà unas ideas de tarifa, que se hallan muchas veces en desacuerdo con las ideas variadas que predominan en diversas familias á que ellas pertenecen.

Efectivamente, entre nosotros, como en todas partes, manifiéstase un fenómeno curioso. Los padres son todo lo que hay de mas "avanzado," como se dice en una frase política de que hacen parte unas cuantas palabras que todos emplean sin jamás analizarlas; las hijas son educadas en las Trinas, en las Salesas, en el Buen Suceso. Los padres entregan sus hijas con una sonrisa triunfante á las madres y de vez en cuando hacen juguete de su incredulidad y con la devoción de celar. Las monjas hacen un gesto triste que demuestra cuando lamentan la empedernida impiedad de ese hombre, que Satanás desde hace mucho tiempo trae bajo sus vistos. Y cuando los padres van en busca, siempre triunfantes, de sus hijas á esos antros de reacción, traen al hogar unas criaturas que tienen por las ideas de sus padres un respetuoso desden, que ponen los ojos en blanco con una sonrisa amarga en los labios, cuando los padres sueltan alguna frase poco ortodoxa.

Y los padres siempre contentísimos, porque han dado á sus hijas, á pesar de sus principios, una educación religiosa, es decir, una educación que cava un abismo entre el padre y la hija, una educación que dà á la hija, en el fondo de su conciencia, un vago desprecio por el padre, ó que les inspira, cuando ellas son radicalmente buenas, un ardiente deseo de salvar á su padre!

Pues yo, padre, que he sido encargado por la providencia para dirigir aquella alma, de educirla, de formarla para la vida, puedo aca-so aceptar sin combate que sea ella quien pretenda dirigirme, ó quien se aleje silenciosamente hacia un camino que no es el que yo sigo?

¿Conocen ustedes la causa de todo esto? Primeramente, por la vanidad que lleva á los padres á entregar sus hijas a los regimientos de la alta sociedad. Se es republicano radical en el parlamento, pero, ¡con los diablos! sábase entrar en un salón pero no se ignora como se educan las duquesas! El hecho es que de buen tono poder decir cuando se le pregunta por su hija: Está educándose en las Trinas, en las Salesas, en el buen Buen Suceso, como en Francia cuando se dice: Está en el «Sacre Cœur.»

En segundo lugar, porque se figura que la educación es la enseñanza, y que la enseñanza es saber un cierto número de futilidades, que constituyen el repertorio obligado de una señora «du monde»

Saber francés y piano y cantar y dibujo, he aquí el fondo de la «educación». Salen muchas veces unos entes absolutamente frívolos e insignificantes, con un pequeñísimo peculia de ideas, cuya conversación gira siempre fatalmente entre la última ópera de San Carlos y la última novela de Daudet; moralmente unas criaturitas que jamás tuvieron la seria concepción de sus deberes de madres, de esposas, que nancas han formado de la religión siquiera una idea clara y augusta, levantada y noble, que nunca vieron Dios sino en el altar, que no conocen al Jesús evangélico, sino el Jesús, místico de los crucifijos rodeados por flores que jamás vieron en María la encarnación de toda la inmensa dulzura del cristianismo, pero que no la conocen sino bajo la forma histórica de los corazones inflamados, etc.

No es el tipo de la mujer que sale de los conventos, porque la familia muchas veces la purifica, y hasta porque durante su estadía el recogimiento nunca de la familia se apartó completamente; pero es el tipo de la mujer como la educación de clausura la formó, si los padres no la han sabido corregir.

Pinheiro Chagas.

## CARTA ABIERTA

—o—

Sr. D. Manuel Bernardez.

Montevideo.

Estimado amigo: Se engaña V. de medio á medio si, suponiendo competencia suficiente en los redactores de FIAT LUX, cree que pueda alguno de ellos tenerla hasta atreverse á su última producción «La Muerte de Artigas», que ha tenido V. á bien remitirnos con una dedicatoria escrita de su puño y letra, é item mas, con una tarjeta en la que se registran frases benevolentes como ésta: «FIAT LUX, esa linda revista que honra á la ilustración salteña», frase que, si en nuestro concepto no está encuadrada en los límites de la estricta justicia y tiene bastante de galantería prodigada por el amigo de Montevideo á sus amigos del Salto, es aceptada con agradecimiento porque conociéndolo colmo lo conocemos, con sus pequeños defectos y sus grandes virtudes, con sus diminutos vicios y sus resultantes méritos, traicionariamos la opinión que V. nos merece, no aceptando sus amistosos elogios.

Pero vamos al grano, amigo Bernardez, cuyo grano en este caso está representado por un lindo y pequeño volumen primorosamente impreso y decorado, talvez mas de lo que la naturaleza de su contenido lo exige.

Ya lo vemos á Vd. duplicando su atención á

lo que vamos diciendo, en vista de ese último párrafo.

Y tiene Vd. razon, porque si lo dejaramos pasar así no mas, sin explicación de ningún género, pudiera entenderse que segun nuestro modo de ver, sus bellos versos no merecen ser presentados con impresión tan decorada.

No señor, no señor. Muy lejos estamos de pensar tal cosa.

Vamos entrar en algunas disquisiciones estéticas al respecto y tal vez logremos al final de este incidente poder decir *Lux facta est*. La impresión de su trabajo hecha por los Sres Dornaleche y Reyes es una verdadera filigrana tipográfica. Interior y exteriormente es una obra maestra en materia de tipografía, es joya preciosa que no debiera ser tomada mas que con guantes puestos.

Preguntando á un amigo á quien ocultábamos cuidadosamente el título de su opúsculo que contendria el librito, nos contestó sin vacilar:

—Bajo esa cubierta no cabe mas que un poema de amor.

Contestamosle que no era eso lo que había.

—Pues, si no hay eso, prosiguió, queda mal cualquier otra cosa que haya.

Y en efecto amigo Bernardez, el canto de la muerte del hombre que

...veia acometer bajo la lanza  
su hueste de centauros,  
hombres y potros en union salvaje;  
rodar contra las filas españolas,  
como impetuoso rio  
trocado en mar de enfurecidas olas  
que azuzara colérico el pampero;  
volar al *entrevero*,  
lahomérica locura del ginete,  
el frenesi del brio,  
donde calla el cañon y habla el acero,  
abriendo ancho boquete  
a la bullente sangre,  
rojo furor de las hinchadas venas;  
hacerse allá un monton hosco y bravio  
de dagas y melenas,  
y del tremendo choque  
la victoria surjir como del toque  
de la nube en la nube, surge el rayo...

al canto de la muerte del hombre extraordinario, jefe de los valientes gauchos del año 19, le correspondia una decoracion seria y ajustada á la armonia que debe existir entre el pensamiento y la materia.

¿Nos hemos explicado? ¿sí?

Éso que no entraña censura, ni cosa que á ello huella, no es amigo Bernardez mas que nuestra opinión personal. Así como Napoleon I quería verse pintado tranquilo sobre un caballo fogozo, nosotros hubieramos querido ver su aplaudido opúsculo bajo una cubierta seria, sin oro y sin azul y sin mas brillo que el que le dan sus grandes méritos intrínsecos.

Hasta ahora poco hemos dicho que pueda interesarle á V. con respecto á su trabajo, y francamente, despues de los merecedos elogios que le han sido tributados, quedariamos cumplidos con nuestra conciencia limitándonos á un simple *acuse de recibo*, pero no quedariamos cumplidos con las consideraciones amistosas que V. nos merece y que nos incitan á que unamos nuestro aplauso al aplauso general.

El tema desarrollado por V. lo está de mano maestra, y en todos y en cada uno de sus versos encontramos al poeta joven, lleno de aspiraciones y de ideales, al poeta soñador que se sustrae á la vida cuando escribe versos lo mismo que el ruisenor se sustrae á la

luz para entonar sus armoniosos cantos, metiéndose en las temblorosas ramas de la encina que levanta su copa sobre las malezas del bosque.

Hemos leido sus versos y no una vez, sino varias, y encontramos en ellos muchas bellezas en la forma y en el pensamiento.

«Tarde del Paraguayo». Como elemento poético, segun V. mismo lo declara, ha elegido esa hora para describirnos la muerte del gran ciudadano.

Bien pudiera haber sucedido que la muerte de Artigas hubiera ocurrido por la mañana ó á media dia ó á media noche, pero en la imposibilidad de conseguir ese dato que poco interesa al hecho histórico, ha hecho V. bien de elegir la entrada del sol para que junto con el astro rey de la naturaleza, se ocultara también en las regiones frias y sombrías del no ser, el que en su tiempo fué astro-rey de nuestra nacionalidad.

«En aquel bello dia,  
— la Virgen Primanera renacia,  
— tendiéndose á reir sobre la alfombra  
— del verde campo....»

No le corresponderá á V. la invencion de los lineamientos generales de la frase, pero le corresponde, seguramente, la de haberle dado una aplicación distinta y tan sumamente gráfica, que en solo cuatro versos, encierra V. todas las ideas para cuyo desarrollo mentes menos privilegiadas que la suya hubieran necesitado mas extenso palabro.

Sus cuatro versos nos presentan á la Naturaleza en toda su brillante hermosura y candorosa inocencia, presa de los efluvios primaverales, tendiéndose á reir, ni mas ni menos que como lo haría la jóven virgen de cabellos de oro y ojos azules al llegar á sus oídos las primeras palabras de amor.

Y no es menos feliz su inspiración cuando nos describe V. los últimos momentos del héroe de Las Piedras en los términos siguientes:

«Vivi, sufri, luché; y al fin de todo  
gocé. ¡Gocé de formidable modo,  
gocé por una vida! Ilmenso goce  
que no puede sentir quien no conoce  
lo que es amor de patria! ¡quién no sabe  
sentir esa pasión virgen y suave,  
esta dulce y recóndita alegría  
que al ver lucir sobre la patria el dia  
se apodera del alma y la despierta,  
y nos canta en el pecho como un ave,  
y galvaniza la esperanza muerta!  
Esperanza de verte, tierra mia,  
virgen, triunfante, poderosa y casta,  
como en mis sueños grande te veia...»

Me duró la agonía  
para alcanzarlo: ¡basta!...

La bendicion del Dios omnipotente  
baje sobre mi frente  
y la honda huella del rencor destruya.  
Yo tomaré despues esa fragancia  
divina, y á traves de la distancia  
la iré á dejar sobre la frente tuya.  
Luché por ti, Dios premia la constancia....  
Tu naciste.... Vencimos.... Yo me muero.  
Voy á buscar mi sitio en el ocaso.

Sueño mortal: ya espero....  
¡Dios!... ¡Patria!... ¡Camp!... ¡Quiero  
que no me tiemble el paso!

Y así, amigo Bernardez, si fueramos á pasar revista de las bellezas que contiene su ultima produccion, seria mas que probable que no quedara verso en ella que no debieramos señalar en esta carta. Y como lo bueno hay que hacerlo conocer, hemos resuelto aten-

tar á sus derechos de autor é insertar en las columnas de FIAT LUX su lindo canto á la muerte de Artigas.

¡Cuantas iniquidades autoriza la amistad! Abrigamos la esperanza de que Vd nos perdonara las dos q' con Vd cometemos hoy: una el derecho que nos tomamos y la otra.... se nos antoja que lo es esta misma carta y en tanto mayor.

Junto con nuestras mas ardientes felicitaciones reciba Vd. un apretón de manos, apretado, mas apretado aun, que desde aqui le envian estos amigos á quienes ha proporcionado Vd tan buen momento con el galante obsequio de que se acusa recibo.

*Sparafucile—Hugonote—Juvenal—Juan Palomo—Pica Pica, etc., etc.*

## CHISPAS

—o—

Los diarios chilenos traen una publicada por el presbitero Salvador Donoso que da un ejemplo de mansedumbre cristiana.

La carta empieza asi:

Punta Arenas, Agosto 10 de 1893.  
Señor Intendente D. Salvador Sanfuentes. Concepcion.

Señor Intendente: Antes de salir de los confines de Chile voy á permitirme molestar la atención de usted por brevés instantes.

Quiero que usted sepa que jamás olvidaré en mi vida la extraña y grosera acogida que usted me dió al pasar por la provincia de su mando. Cuando en compañía de Francisco A. Pinto bajábamos en la estacion del ferrocarril de Concepcion, el oficial que nos custodiaba nos dijo que iba á llevarnos á casa de usted, el amigo Pinto se manifestó desconfiado; pero yo rechacé sus temores asegurándole que usted era un caballero y mas aun un buen amigo mio. Usted comprenderá cual sería mi asombro al ver que usted no solo no se dignó recibirnos sino que nos envió sin reclamo á la miserable cárcel de esa ciudad..»

Y concluye así:

«Entre tanto, dejo copia de esta carta para enviarla el dia de los ajustes á los amigos que á estas horas hacen vacilar en Chile á la malhadada dictadura de que usted ha sido fiel instrumento.

De usted

*Salvador Donoso.*

Pobre Chile! Entre qué manos se encuentra á estas horas.

Y esos son los mansos y pacíficos ministros de Dios!

Don Crisanto podría decir hoy, parodiando al célebre frances: «Estamos en el principio del fin..»

Y voy á decir á ustedes porqué.

Pura y sencillamente porque esto va matando aquello; es decir, porque el espíritu liberal ha batido ya hasta en sus últimas barreras al espíritu clerical.

El padre Lopez, el travieso pastor de almas de Santa Lucia ve derrumbarse estrepitosamente el castillo de naipes que levantó en el Salto á la sombra de la indiferencia liberal, y todos sus esfuerzos para detener el derrumbe son inútiles, y lo que es peor, se ve solo en la

brecha, pues se han echado á muertos todos los que le hacian coro.

Son las versatilidades de siempre: triunfador saludábalo y vencido lo abandonan.

Vamos á meter nuestro hociquillo de raton blanco dentro de la congregacion de las Hijas de Maria.

A que no sabe el lector amable cuantas sociedades figuran actualmente en esa en un tiempo numerosa congregacion?

A que no?

Pues solo figuran unas 40 de las 200 que habia hace seis meses!!!

Figúrense quí borratina.

Pero lo rico de la cosa es que á D. Crisanto le tocan 160 responsabilidades correspondientes á otras tantas niñas que han abandonado la congregacion, dando como razon que el padre Lopez se tomaba en la direccion de dicha sociedad una participacion que no le correspondia, ni como cura ni como hombre.

Garantimos la noticia: las 200 socias con que contó ed un tiempo la congregacion se ha reducido á 40 que son las que actualmente quedan.... y muchas de éstas hablan tambien de retirarse á sus casas.

La disciplina acomodaticia del jesuitismo estí haciendo prodigios con tal motivo.

Asegúrenos que D. Crisanto ha notificado á los restos de la derruida congregacion, que la obligacion de confesarse mensualmente queda derogada: bastará confesarse una vez al año.

Lo mismo ha sucedido con las reuniones dominicales en el colegio de las Hermanas; las bellas hijas de Maria ya no tendrán de quejarse por que se las obligue á ir á encerrarse todos los domingos y pasar las tardes cantando versos misticos; las reuniones solo se celebraran una vez por mes.

Conque, ¿qué les parece á ustedes como anda la cosa?

*Juvenal.*

## LA MUERTE DE ARTIGAS

—o—

I

Tarde del Paraguay.

Naturaleza  
hacia de su mágica belleza  
tan prodigioso alarde,  
que parecía aquella dulce tarde  
libre de la nostálgica tristeza  
que el corazón embarga  
y abate sobre el pecho la cabeza  
en hora tal, para el que sufre amargia;  
para el que ama, de languida ternezza;  
para el que espera, cual ninguna larga.  
Mediaba el siglo. En aquel bello dia,  
la Virgen Primavera renacia,  
tendiéndose á reir sobre la alfombra  
del verde campo. Majes tuosamente  
bajaba el sol. Y en la creciente sombra,  
algo desde los cielos bendecia,  
serena y mansamente,  
la encanecida frente  
de un hombre que moria.

II

Al comenzar mi canto,  
este mi canto vengador, no invoco

á la divina musa  
que inspira al trovador en los festines,  
y cantar de los altos paladines,  
y de la gloria, y del dolor rehusa,  
acobardada y trémula; tampoco  
á la que dice los triunfalep goces  
del bardo de Vauclusa,  
siempre soñando en el azul; ni pido  
tus cariñosas voces,  
¡oh soñolienta musa del Olvido!  
¡Sólo te invoco á ti, Virgen estoica,  
titánica inocente,  
inflexible deidad, noble Justicia!  
¡Traiga tu mano á mi ardorosa frente  
la casta sensacion de tu caricia,  
y tu sonrisa cándida y heroica  
descienda sobre mí!... Vibren tus ojos  
rayos de punición, sobre el rebaño  
de los crimenes rojos,  
que se aprestan á hir! Tiemble el hurano  
calumniador, cuando tu voz lo llame.  
Sobre la frente vil, recaiga el daño  
como candente plomo; y mas funesta  
vuelva la infamia al rostro del infame.  
Entre tanto mi lira en la floresta  
rebrialle al sol, como una espada.

Presta  
á su acento esas cláusulas de fuego,  
ante el furor ó el rucgo  
vibrantes y derechas;  
esas puatas de flechas  
que prestas al que inspiras.  
Tiende tu diestra; que el tumulto calle,  
y arrebatada estalle  
la nota de cien liras  
en esta que yo pulso.

Está templada  
para los grandes cantos  
de los nobles anhelos infinitos:  
entre sus brazos gemirán los llantos,  
y entre sus cuerdas gritarán los gritos.

## III

El hombre que moria.  
moría como el sol, solo y distante  
de la tierra que otrora  
fecundó con su amor. Y como el astro,  
al hundirse en las aguas del Atlante  
deja en pos una estela de reflejos,  
él tambien, al morir, dejaba el rastro  
de su vida fecunda y luchadora  
dada á una patria—¡que tal vez ahora  
era feliz sin él,—allá, muy lejos!

## IV

¡Oh esperanzada juventud: si vieras  
cómo moría el pobre desterrado!  
¡cómo al morir pensaba alucinado  
en la eterna vision de sus praderas!  
de aquellas, de las suyas, que veia,  
evocando del ultimo miraje  
la vaga lontananza,  
libres quedar, en memorable dia!  
¡Y veia acometer, bajala lanza,  
su hueste de centauros,  
hombres y potros en union salvaje;  
rodar contra las filas españolas,  
como impetuoso rio  
troceado en mar de enfurecidas olas  
que azuzara colérico el pampiero;  
volar al entrevero,  
lo homérica locura del jinete,  
el frenesi del brio,  
donde calla el cañon y habla el acero,  
abriendo ancho boquete  
á la bullente sangre,  
rojo furor de las hinchadas venas;  
hacerse allá un monton hosco y bravio

de dagas y melenas,  
y del tremendo choque  
la victoria surgir, como del toque  
de la nube en la nube, surge el rayo  
que en ancho surco las tinieblas labra  
con fulmineo zigzag—vision del dia!

La noche acometió como un desmayo  
á la indecisa luz; y en la sombría  
calma, se alzó solemne la palabra  
del hombre que moría

¡Diós: lo quisiste al fin! De mi existencia  
la página postrera queda escrita:  
Voy á esperar tranquilo la sentencia.  
Bajo tu mano, en paz con mi conciencia,  
voy á acostarme,—acaso en el olvido.  
Tal vez la dura vida que he vivido  
no se verá ensalzada ni maldita.  
Si así ha de ser, será: lo habrá querido  
tu bondad infinita.

¡Morir en el destierro y elvidado,  
es dos veces morir!... ¡Perdón, Dios mío,  
para esta queja amarga! Es la primera  
que mi labio pronuncia, y la postrera  
tu sabes que será—Como el soldado  
que orgulloso siguiendo á su bandera  
cargó lleno de brio.  
y herido en el encuentro, la derrota  
lo obligó á huir a la lejana selva,  
y allí esperando que su hueste vuelva  
perdió la vida por la arteria rota,  
así yo, voluntario  
de la hueste patria,  
sin descanso lidié; y al fin vencido,  
solo y á pie siguiendo mi calvario  
con los girones de mi vieja gloria,  
desencantado y en el alma herido  
esperé en esta selva la victoria  
final de la justicia.

¡Me desangré esperando, y no ha venido  
y va á venir muy tarde!... ¡Cuando llgue,  
ignorará tal vez en cual osario,  
en cual rincón oscuro y escondido  
descansará el errante solitario  
que meditando en ti, se habrá dormido,  
ah patria de mi amor!...

Nunca en mi alma  
tuvo cabida el afrontoso miedo;  
si vi á la muerte, la miré con calma;  
si temblé, fué por ti. Pero no pude  
pensar sin frío, sin horrible frío,  
que un hueco oscuro —una tierra extraña  
recibirá en su entraña  
este despojo mío,  
y que el tiempo imposible  
dejará que en silencio se destruya  
sin que tu sol me bese con sus besos;  
sin que sienta pesar sobre mis huesos  
ni aun un puñado de la tierra tuya,  
de mi tierra, ¡oh dolor!...

Manuel Bernárdez.

(Continuará).

### CARPE DIEM

¡Es setiembre, el mes ansiado!  
De mil aromas cargado  
Está el aire abrazador,  
Y de los bosques espesos  
Surgen rumores de besos,  
Vuelan suspiros de amor.

¡Ven, oh mi gloria! ¡oh mi mi vida!  
Sobre la yerba mullida  
Podremos, juntos, soñar

Con las distantes quimeras,  
Con las mustias primaveras,  
En que aprendimos á amar.

Tambien, entonces, del mundo  
Brotaba el himno fecundo  
De la vida y del placer;  
Tambien entonces reia,  
Como en los cielos el dia,  
La esperanza en nuestro ser.

¡Dichosos fuimos!... ¿Que importa  
Que esa dicha, larga ó corta,  
Como todo, huyera al fin,  
Si hasta en los crudos rigores  
Del invierno, algunas flores  
Conserva siempre el jardín?

Ellas nos bastan ¡oh amiga!  
Para olvidar la fatiga,  
El invencible dolor  
Que al alma sola consume,  
Y es eterno su perfume  
Como es eterno el amor!

D. D. Martinto.

### ÚLTIMOS PERFUMES

Oh patria!

Oh celestial y olímpica matrona,  
Querube armado de belleza suma,  
Como unir al laurel de tu corona  
Flores de un huerto que el otoño abruma?

El námen desfallece y me abandona,  
Tiembla en mi mano la cansada pluma,  
Y el agua de la fuente de Helicona  
Ya para mí se convirtió en espuma.

Mas de mi pobre huerto las vermejas  
Y rusticanas flores, cuyo sueño  
No interrumpen como antes las abejas,  
Para aromar tu pabellón celeste,  
Mansas me brindan con amante empeño  
La ultima copa de perfume agreste.

Carlos Roxlo.

### ROMPE CABEZAS

—  
Soluciones al número anterior

Charadas

I.—Se-vi-lla.

II.—Pri-ina.

Resolvieron: Pica Pica, Liberal, Tartufo, Caxtor y Matufia.

Revoltijo de letras

ALEJANDRINA BETBEDER

Resolvieron los mismos.

### NOTICIAS

Por falta de espacio—Nos vemos obligados en el presente número por falta de espacio á reservar para el próximo la sección Tarjetones y Rompe Cabezas, dando de esta solo las soluciones á los problemas del número anterior.

Esa falta queda compensada con los buenos materiales que este número contiene.